

FR. GERUNDIO.

CUADRÚPEDOS ANTICONSTITUCIONALES.

Por fuerza debo haber admirado á mis lectores con este par de palabras tan selectas: tan selectas y tan sonoras por su misma gramatical estructura, y tan selectas y tan enfáticas por su significacion político-animal, y que echan la pierna (frase arrastrada y baja, si se considera la pierna en el suelo, pero elevada si se considera

levantándose para sobreponerse á otra), que echan la pierna, digo, á aquel tan citado verso del Mantuano:

Cuadrupedante putrem sonitu quatit etc.

De una sola de esas palabritas hago yo un pie de verso que se canta solo: verán vds.

Cuadrúpedos que en España
se hallan sin deber hallarse,
como son potros y potras,
mulos y mulas lechales,
tan solo porque se infringe
el código venerable,
cuadrúpedos llamo yo

ANTI-CONSTITUCIONALES.

¿Tienen vds. algo que pedir á este último verso? Me parece que no, y por último mídase, y si le falta algo, yo respondo.

Pero dirán vds. y dirán bien al parecer: «¿qué conexión tienen los muletos y muletas con la Constitución?» He aquí precisamente lo que es propio y peculiar de Fr. Gerundio: amalgamar heterogeneidades (de aquí puede salir otro verso si se apura la materia), unir lo máximo con lo mínimo, y conglutinar inconexiones. Entre la Constitución, las mulas de eria, cierto ministro, una real orden, una tarifa ó arancel de derechos de importación y una capilla, hago yo un compuesto particular para dar una capillada á

un ministro que rehajando por sí y ante sí los derechos de introduccion del ganado extranjero, infringe la Constitucion, perjudica al comercio interior, y merece que las Córtes le exijan la responsabilidad, y que Fr. Gerundio le sople una espilladita.

Este cierto ministro á quien no nombro, porque ya me causa náuseas el nombrarle, pues tengo la desgracia de tropezarle siempre en el camino de las barrabasadas (1), sin respetar el artículo de la Constitucion que prohibe establecer, suprimir ni alterar las contribuciones é impues-

(1) Celebraba anualmente una cofradia de ciegos su funcion de iglesia con toda pompa y solemnidad, y el sacerdote encargado del sermón (que fué por algunos años el mismo) llenábales siempre de textos de S. Cornelio, repitiendo á cada paso: "*como dice S. Cornelio,*" "*segun espresion de S. Cornelio,*" "*valiendome del dicho de S. Cornelio etc.*" Uamó esto la atencion de los ciegos, y conferenciando entre sí convinieron en que aquello debia ser pulla con que el predicador queria satirizar la esposicion en que la privacion de la vista les ponía de ser con la facilidad del mundo una cosa que empieza con *cor*, y se parece al nombre del santo. En su consecuencia dieron algunas quejas al predicador, el cual les ofreció no volver á nombrar á S. Cornelio en sus sermones. Asi fué que el año siguiente no le nombró siquiera una vez, pero repetía mucho: "*como dice cierto santo muy versado en estas materias,*" "*en espresion de un cierto santo,*" "*que merece ser patrono de los ciegos.*" Dijo entonces uno de estos á otro: "*el diablo me lleve si el pícaro del santo que cita el padre no es el buen alhaja de S. Cornelio.*"

Lo mismo acaso interpretarán algunos el *cierto ministro* de Fr. Gerundio.

tos sin la cooperacion de las Córtes: por una llamada real órden de 6 de diciembre último, hallándose éstas reunidas, pero sin decirles «esta boca es mía,» altera el arancel de derechos de introduccion del ganado de cria ó lechal extranjero, rebajando nada menos que de 90 á 150 rs. que pagaban de entrada segun la respectiva bandera, á 24 y 52, dando un golpe mortal al comercio de las provincias de Castilla y Galicia, algunas de las cuales tenian en la cria mular uno de los principales ramos de su riqueza. Esta real órden no la habrá visto nadie publicada en la Gaceta, pero la ha visto Fr. Gerundio en los boletines oficiales, y allí la echó el anzuelo gerundiano.

Dice en ella este cierto ministro, que lo hace con el objeto de contener en parte el contrabando extranjero. Y vé aqui un pensamiento de economía política que echa la pierna (esta pierna no es la pierna de arriba, pero la frase es la misma) á todos los de Smith y de Say y de cuantos á dar reglas de economía se han metido. Porque dice S. Cornelio y dice bien: el medio mas directo de evitar el contrabando es suprimir los impuestos que gravitan sobre los géneros, y para tener percales baratos la mas derecha es no imponerles derechos de introduccion; y si las telas del reino se pudren arrinconadas y las fábricas se paralizan y la industria nacional se la lleva Meccó, importa un comino con tal que se minore

el contrabando por un medio tan sencillo. Habia andado yo discurrendo cómo quitar el oficio de contrabandear á esos arrastrados de Cervera, Celaván, Villalon y Villar de Ciervos, y no me habia ocurrido el arbitrio de suprimir los derechos de entrada de los géneros en que subrepticiamente comercian. No entiendo uno una palabra de administracion y comercio. Dicen los economistas que cuanto una nacion es mas rica, mas subidos son los impuestos. A S. Coruelio con el recado, que quedarán lucidos. Y al mismo tiempo se ahorra el estado de estar sosteniendo toda esa familia de carabineros de hacienda, de recaudadores y empleados en aduanas y registros, que tan mal mirados eran entre los romanos; bajo el titulo de publicanos con que allí se conocían; pese al mismo apóstol S. Mateo que dicen fue del oficio.

Llegarán ya de mil las ferias de Castilla y de Galicia (esto deberá leerse en tono de elegía), pondránse las mulas de venta en los puestos de costumbre, y nadie se acercará á preguntarlas cuántos años tienen. Entónces ellas al verse así lastimosamente desairadas, arrancarán de lo hondo de sus pechos un relincho de dolor, que les querrá decir á sus amos en lenguaje apoloético: ¡ay de nosotras, y cómo se nos tiene en misera postergacion! ¿Qué se han hecho los manchegos que acudian otros años á comprar nuestras hermanas? ¿Cómo es que no comparecen á comprar-

nos á nosotras? ¿Por ventura somos de peor linaje y condicion que ellas? A cuyo dolorido relincho responderán con no menos dolorido acento sus dueños: «porque un ministro rebajó los derechos de importacion de las mulas estrangeras, y de ellas se surten las provincias del Mediodia, quedando vosotras en mísero abandono, y pasando á bolsas estrangeras la utilidad que á nosotros nos debiérais producir.—¿Pues no estamos, dirán con el relincho del sentimiento, garantidas por una constitucion y unas córtes? ¿por qué no se le exige la responsabilidad? ¿Quién es él? ¿*Quis est hic?* dirán si saben relinchar en latin.

Y á tal tiempo acertará acaso á pasar por allí el *cierto* ministro que acostumbra á ir muchos años á aquellas ferias, y al verle esclamarán los dueños de las mulas: «héle aqui; este es, este es.» Y al oír tan súbita y recia exclamacion, se espantarán las muletas, y alborotándose y dando saltos y corcobos, quizá alcance alguna voz al que así holló las garantías mulares, é infringió las leyes; y entouces acudirá en queja á Fr. Gerundio diciendo; «lastimado he sido bruscamente, y coceado me han nuestras paisanas,» á lo cual deberá contestarle Fr. Gerundio: hermano, á infracciones mulares ¿qué pudiérais esperar sino responsabilidad de coces?



LA ESPINA.

*Depuis cin ans entiers chaque jour je la vois,
et crois toujours la voir pour la premier fois.*

TIT.

Viéndola todos los días
llevo cinco años enteros,
y siempre la vez primera
me parece estarla viendo.

Hallábame, yo Fr. Gerundio Carabanchelense, traduciendo á mi modo los anteriores tiernos versos de Tito (y va de versos hoy) que él aplicaria á su esposa ó querida, y yo aplicaba á nuestra guerra, en uso de la libertad de aplicaciones que tenemos el honor de gozar nos los poetastros, cuando oyéndomelos recitar el cucharetero de Ti-

rabeque me interrumpió diciendo : Señor, esos versos no los ponga en la capillada, si acaso piensa en ello, porque no le han de creer lo que dice.— ¿Y qué sabes tú lo que quiero yo decir, charlatan?—Señor, vd. mismo lo está diciendo bien claro: que hace cinco años enteros que la está viendo todos los días, y que cada día le parece mejor y mas hermosa; y eso á nadie se lo puede hacer colar, porque si tenia alguna á quien ver todos los días cuando estábamos en Leon, aquí ya no la vé; y si habla por alguna de aquí, no puede hacer cinco años que la vé todos los días, porque no hace mas que ocho meses que estamos en Madrid. Con que de todos modos, Señor, mienten los versos; y así soy de parecer que no los ponga.—Y yo soy de parecer que no te metas en camisa de once varas. Vaya, vaya: me gusta el descaro: si traerás anteojos eras un Pidal (1) completo. Y ten entendido que yo no he hablado de mas hermosa ni mas fea, que si tuviera á quien ver todos los días allí, ó aquí, ó en los infiernos de Málaga, me guardaria bien de decirselo al público, ni aun á tí mismo, porque eres un boca-rota.

Y para mayor convencimiento y satisfaccion

(1) Diputado por Asturias. Es de una estatura derecha tan exagerada, que dudo si es mano de la izquierda. Dice una farsa á Cristo Padre.

tuya te diré que hablaba de la guerra; que hace mas de cinco años que la estoy viendo todos los días, y si no la ven como el primero, tampoco la hallo mas hermosa, como á tu malicia le pareció haberme percibido, sino acaso mas fea y mas desagradable. Yo me vuelvo loco, Tirabeque; no sé en qué diablos puede consistir.—Pues yo sí, señor.—Tu sí. Mucho sabes tu. ¿En qué consisté? vamos:—Señor, eso es muy sencillo, en la espina.—La consistidura es como tuya: propia de tu ingenio.—Mire vd., señor, la guerra no es otra cosa que una espina.—En verdad que haces bien en llamarla así, porque ya me duelen los oídos de oírla llamar cáncer. Y créete que en materia de metáforas ya ninguna es estraña para mí: porque desde el poeta Gracian hasta los diputados Lujan, Lopez y Martínez de la Rosa no ha habido especie de metáfora que no haya visto mas ó menos propia ó impropriamente usada.

Pero bien, de que la guerra sea una espina, ¿se infiere que por eso haya de durar siempre?—Sí señor, porque mientras haya pescado fresco la espina no sale, y de consiguiente no se acaba la guerra. Oh! pues si se acabára el pescado fresco, veria vd. qué pronto salia la espina.—Calla, calla; no hablas mas que desconciertos y sandeces.—Luego vd. no sabe el cuento de la espina, señor.—Yo no sé cuentos de espinas ni de abrojos.—Pues verá vd.

Este era un pescador, y á este pescador se le

habia metido una espina en un dedo, y metiéndose una espina en un dedo, llamó al cirujano, y llamando al cirujano le dijo lo que tenia, y diciéndole lo que tenia...—A ese paso no acabas tú de contar el cuento en quince dias.—Si señor, ahora voy.—Pues como digo, diciéndole lo que tenia le dijo el cirujano; es necesario que se ponga vd. ahí un poco de unguento de tal.—Y si me pongo ese unguento, le dijo el pescador, ¿tendré que dejar de pescar?—No, hombre, no, le respondió el cirujano; cuanto mas pesque vd. mas pronto sale la espina.—Fue el pescador á pescar, y al dia siguiente le llevó al cirujano unas truchas de regalo. ¿Qué tal? le dijo éste, ¿ha salido la espina.—No señor, respondió el pescador.—Vaya, pues le pondremos á vd. este otro unguento, y pesque vd. sin cuidado, que luego saldrá.—Volvió á pescar otro dia, y le trajo al cirujano unos peces, pero la espina no habia salido. Púsole aquel otro unguento, volvió á pescar, y al dia siguiente le regaló unos barbos. Así siguieron mucho tiempo, el cirujano poniéndole unguentos, el pescador regalando pescado fresco al cirujano, y la espina sin salir. Hasta que un dia que el cirujano tuvo que salir á un pueblo, llegó el pescador á su casa y no encontrándole, le dijo á uno de los mancebos si queria curarle el dedo. Éste lo hizo tan á lo vivo, que tomando las pinzas, en un decir Jesus le sacó la espina y el dedo quedó curado de raíz. Vino el cirujano,

y contóle el caso el mancebo, como quien cuenta una gracia, y oyéndolo aquel, «¡hombre, ó demonio! exclamó: ¿tú que has hecho? ¿No ves que mientras estuviera la espina en el dedo todos los días teníamos pescado fresco? Me has perdido: se acabaron las truchas y los barbos para mí. ¡Oh espina! ¡Ojalá hubieras sido eterna!

Bien ¿y ahora?—Ahora saque vd. la consecuencia.—Sácala tú que sabrás lo que significa el cuento.—Nada, señor, que mientras haya pescado fresco no saldrá la espina.—Pero bien, la espina ya has dicho que es la guerra: ahora te falta decir cuál es el pescado fresco.—Nada, señor, el pescado fresco son truchas, barbos, tencas, auguilas, si es de río; si es de mar, salmon, lenguado.....—Pero la metáfora, la metáfora.—La metáfora sáquela vd. Yo lo que puedo decir á vd. es que si la espina saliera de raíz, el que fuera coronel en coronel se quedaria, y el capitán en capitán, y el general en general, y el marqués en marqués, y el conde en conde, y que se acabaria el pescado fresco.—Mira, bribon; si supiera que tu malicia llegaba á tanto que sospechases que los militares no acaban la guerra, porque acabada la guerra se acaban los grados..... no sé qué haria contigo.—Señor, yo no digo de todos; eso no, que los mas lo desean tanto como nosotros; pero algunos...—Ni algunos, maliciosote, nadie hay que piense así.—No será, señor; basta que vd. lo diga; pero parecer lo parece; porque síno ya debia

estar la espina fuera.— Te digo que no creas semejante cosa.—No, pues á mi me queda aqui otra espina....—Hombre, tu todo te vuelves espinas.— Y mientras no vea salir la otra espina, no me sale á mi esta: mire vd.: aqui la tengo atravesada.

